

Méjico, 29 de Abril de 1859.

Muger mia: Una de las primeras necesidades de todo hijo de sus padres, tanto aquí como en todas partes, consiste en buscar luego luego que llevar á la boca; poseo no creo te sorprendas de que acabando de tomar por sesion de mi nido, me echara á volar en busca de alimento. Bajé á la fonda, y como buen batueco pedí de cenar, como todo cristiano lo hace á las siete de la noche; mas no puedes tener idea de las muchas risas burlonas que de todas partes salieron al punto que dije tamaña blasfemia. Azorado como un chiquillo que no sabe la leccion, me quedé mirando á todos, y de aquí nuevas risas y nuevas burlas, que mas y mas me hacian asustar, hasta que un mozo adornado de un prolongado mandil, se compadeció de mí, y tuvo la complacencia

de eseñarme en un idioma medio frances, medio indigena que en los *bodegones* encontraria lo que buscaba.— Pues busco algo que comer, le dije algo amostazado.— Ah! eso es otra cosa, siéntese vd. y le serviré. Luego supe que todo el motivo de aquel asombro era que yo habia pedido *cena*, cuando en la culta, en la ilustrada corte solo se cena á las tres ó ccatro de la mañana, y ántes de esa hora todo se ha de llamar comida.

Como mi estómago tiene muy poca gramática y muy poco diccionario, y lo que siempre le importa es estar satisfecho, maldito el caso que hizo de si lo que se le enviaba era comida ó desayuno. El mozo empezó á ponerme platos y mas platos todos con unos nombres muy ingleses ó franceses aunque el contenido era mejicano y muy mejicano. Comí pues en inglés, y en inglés me quedé con la misma hambre, pues aunque me trajeron en un plato carne cruda y en otro carne sin coser, y en otro carne sin guisar, y en otro carne sin freir, quizá por haber sabido que venia de las Batuecas, que dicen son la línea divisoria de los salvajes, yo que hace muchísimo tiempo tengo el mal gusto de comer como los cristianos y no como los buitres, tuve que abstenerme, sin ser vigilia, de la manducacion carnicera. En cambio pude muy á mis anchas, si tal hubiera querido, echarme á nadaren un oceano tibio que me pusieron delante, aunque me retrajo el color bastante turbio de la agua. Allá, como sucede en los mares polares, se veia una que otra navecilla representada por tal cual desertor grano de arroz. Esa decian que se llamaba sopa.

¡Deberé hacerte la descripcion de todos y cada uno de los platos con que fuí regalado? Baste saber que el indomito novillo conservaba aun allí su bravura y fiereza, sin que le impusiera en lo mas mínimo la vista de mi afilado cuchillo: que unos pichones se lamentaban tristemente de que los hubieran separado de sus padres y querian emprender el vuelo al nido, ni mas ni ménos que

como los quintos que llevan *voluntariamente* en leva: que un conejo, acordándose de cuando pastaba libre por los campos, se me escabulló por toda la mesa al momento que quise hincarle el tenedor, y que un pescado, creyéndose autorizado para surcar el vaso de agua que allí habia, y que él tomo por un estanque, se lanzó contentísimo á él, cuando yo pensaba darle honrosa sepultura en mi necesitado estómago. Quise desquitarme del chasco acometiendo los postres y los dulces; pero estas no eran mas que frutas cosidas con una *puntita* de azucar, y aquellos tenían mas de cuatro bemoles para dejarse dar caza impunemente.

Me levanté de allí tan hambriento como me senté, aunque no tan pesado, pues fué preciso dejar en manos del afrancesado fámulo el importe de lo que habia visto, mas, su propina inexcusable que la reclaman, como un marqués su título ó como un doctor su tratamiento. Verdad es que nada se habia quedado entre mis vientres; pero por si *fortè*, me pusieron un maso de plumas, creyendo que fuese á estender un protocolo.

Me eché á andar en busca de alimentos, puesto que allí me habia sucedido lo que en las comedias, que ponen gallinas de carton y pasteles de madera, las cuales tienen para todos los convites, y en atencion á que en todos los *restaurant* (antes se podia decir fonda) con muy poca diferencia era lo mismo, me contenté con un pedaso de bizcocho que me habia sobrado del camino y que me alimentó mas. Pasé otra vez á la fonda á tomar un vaso de agua, y entónces, admírate: lo primero que ví fué á mi conejo emprendiendo nuevas escapatorias del plato de otro individuo que llegó despues de mi salida. Aun le veía yo el surco que dejó mi tenedor en su endurecida piel, y las no ménos profundas señales de las armas de su nuevo adversario en la valiente lucha que luego habia emprendido; pero el animalito era viejo en el oficio, y sabia perfectamente escabullirse por cual-

quiera parte, burlando al mas diestro cazador. En otra mesa ví al pescado que tan caro pagué, haciendo nuevas evoluciones para volver á nadar.

Al día siguiente llevaron un almuerzo al cuarto inmediato al mio, y aunque bien disfrazadas las carnes que en la noche anterior se esceptuaron de la requisa que les hice, pude con facilidad conocer que bajo aquellos nuevos arreos iban antiguos conocidos. Creo que ellas mismas se acordaron de que si aun tenían ser lo debían á mi manumision, y agradecidas mas que un sobrino, emprendieron la carrera desde la mesa de la habitacion contigua hasta la puerta de la mia, cuando aquel desapiadado Neron quiso sepultarles el cuchillo para devorarlas. No sé si fué mas afortunado que yo, pero lo que sí creo es que si ganó la victoria, lo debió sin duda á lo fatigado que estaban sus contrarios despues de cuatro ó cinco dias de combates, y de tan diferentes ocasiones como habian pasado por las horcas caudinas de las cocinas.

Porque debes saber que todo aquello que la voracidad humana respeta en una fonda ó *restaurant*, sirve para estar saliendo á luz cada vez que se presenta algun nuevo consumidor, siguiéndose en esa parte el ejemplo de guerras intestinas que nunca se envian á batir á los enemigos sino soldados que no se dejen vencer, con lo cual se hacen interminables por una y otra parte, porque ninguno cede. Lo que queda intacto, porque no se deja atacar, se sirve bajo la misma forma por todo ese día: al siguiente se le dá un nuevo barniz y se tiene por cosa diversa: lo que se dejó vencer en parte, porque en el todo es imposible, pasa á otra sarten, y con distintos colores y agregados se convierte en un nuevo guisado, haciéndole perder su nombre de bautismo, operacion que se repite tantas veces cuantas lo permite la duracion de la primera materia. Por consiguiente, no es extraño que un trozo de vaca se te presente con el nombre de *carne*

*prensada*, y luego de *rosbif*, y luego de *asado*, y por último de *olla podrida* ó *albondiguillas*, porque tiene mas transformaciones que político tornasolado.

Las fondas que aun conservan ese nombre hacen un estudio formal de ser las antípodas de los *restaurant* en cuanto á la nomenclatura y sabor de los manjares; pero en cuanto á los disfraces y conversiones los imitan mas que los liberales de Méjico á los terroristas de Francia; y el que come en una de esas casas puede estar seguro que ha alimentado con sus desperdicios á mas de cuatro, que si se les dijera no lo querrian creer.

Cuando se entra á una fonda ni se saluda á nadie ni se ofrece á ninguno. Cada cual se consagra á sus trabajos y jamas pide ni da auxilios en los diferentes lances que ocurren. Tanto cuanto hay en las casas y en las calles de mancomunidad para los negocios ajenos, tanto hay en las fondas de abstraccion y arrobamiento en la pieza donde comen muchos. Allí se ensimisma cualquiera y no ve otra cosa que lo que delante se le ha puesto; mas es preciso concederles la razon: todas sus facultades se absorven en dos cosas, en luchar á brazo partido con los platos que se presentan, y en no abandonar ni por un momento el que por fortuna se dejó sorprender, porque apenas se desvia un cristiano del plato que está saboreando mejor, cuando el criado, solícito mas que para recibir la propina, alarga el brazo y en un abrir y cerrar de ojos lo hace desaparecer, con la intencion quizá de que otros gusten de aquel apetitoso bocado. Unos platos, porque se desdennan de alternar con un individuo, y otros porque los celan como muchachas bonitas y los alejan del precipicio, lo cierto es que casi los mas vuelven intactos ó poco mermados al lugar de su origen; y ya verás si los comensales tienen en que entretenerse para perder el tiempo en saluciones y ofrecimientos.

Pero las fondas á pesar de esto son concurridísimas

porque la mayor parte de los casados y la totalidad de los solteros van á ellas: los unos porque no tiensn casa, los otros porque hacen vida independiente, y todos porque eso es de muy buen tono. Allí se dan convites, allí se pasan los dias de fiesta, allí se lleva á una amiga que no se puede lucir en la ciudad, y mucho ménos en la casa propia. Allí se reunen muchas veces los antagonistas políticos deponiendo sus odios y sus rencores en las aras no muy limpias de la fonda, y ante la severa faz de un empedernido pavo. La gastronomía es el mejor medio para acabar odios y rencillas, pues se han visto hombres que han salido á batirse al campo, y que en lugar de matarse han ido á matar á una fonda el hambre comun que les ocasionó el ejercicio y la emocion.

Considérote hecha agua la boca; y mas se te haria si pasaras por delante de uno de esos establecimientos y vieras como una provocacion aves y pescados que se convierten en diablos tentadores y te dicen; "cómeme, cómeme;" pero que cuando te llegas á ellos se te escabullen y vuelven al *muestrero* á engañar bobos, y á convidar con su apetitoso talante á los descendientes de Eliogábalo. No te dejes enredar, que aquí mas que en ninguna parte, es todo tortas y pan pintado. Adios, adios te dice tu chasqueado.— *Caralampio*.



roquianos, puesto que el establecimiento le da su salario.

Quando en virtud del cansancio ó del deseo entra en una de esas casas un pobre batueco, acompañado de su segundo tomo y su apéndice de chiquillos, y pide, como es de costumbre inveterada, la nieve de leche, vieras al activo servidor correr desalado á llevar al bonazo parroquiano cuanto pide y necesita, porque desde luego comprende que allí va á sacar una contribucion mucho mayor, que indemnice las pérdidas que tiene con algunos rehacios contribuyentes. Se le piden cosas que valgan tanto, y él las paga á la mitad (en el despacho, con lo cual tiene el derecho de hacer ingresar á su tesoro tanto como el dueño de la casa, item mas la tal ó cual monedilla que el agradecido *fuereño* le ofrece por su actividad, aunque esto último es lo comun, y quizá por eso el Ganimedes se anticipa á sacar sus utilidades.

En una de las mesas del café se encuentra todos los dias al suscriptor gratis de los periódicos de la casa, el cual no queriendo ó no pudiendo abonarse en otra parte, va allí á hora fija y se apodera del papel para imponerse de todos los sucesos de México y la Europa, sin perdonar siquiera la seccion de avisos y el santo del dia.

Despues de haber deletreado las cuatro páginas del periódico, se acomoda entre la mesa y la pared, y echa su buena siesta sin dársele nada del mal gusto de los criados y de tal cual satirilla que le dejan ir de vez en cuando por lo improductivo de su asistencia á aquel lugar.

En otra se sientan unos dos viejos que hace diez años tienen la laudable costumbre de llegar á las dos de la tarde, pedir una tasa de café, y el tablero de damas, en cuya ocupacion les dan las nueve de la noche, sin dejar otra utilidad á la casa que el barniz con que van cubriendo el tablero y las fichas.

Otros forman un club al rededor de otra mesa, y allí se cuentan las noticias del dia, y figurándoseles muchas veces que la inspiracion ha descendido sobre ellos en medio de las espesas columnas de humo que despiden sus cigarros ó sus puros, se trasladan á los tiempos venideros, y presagian cuál será el paradero del gobierno por seguir una marcha tortuosa é inconveniente que no ha sido dictada por ellos. Si á lo ménos el gobierno se acordara de ponerlos en aduanas, en correos, en papel sellado ó cosa así, podria salvarse con sus auxilios, pero como los hombres de la situacion desprecian sus luces, marchan á oscuras, é indefiniblemente perecerán.

Otros tienen á su cargo la gaceta ambulante de la capital, y se encargan de dar cuantas noticias han adquirido, así pudiera suceder que en una misma hubiera cuatro hechos contradictorios, pero ellos lo que desean es decir que saben mucho en cuanto á sucesos, y lo demas lo echan á las espaldas.

Allí, como te dije al principio, se reunen todos los que no tienen mas ocupacion que matar el tiempo, y ora son unos jugadores á quienes engañó su *corazonada*, y perdieron hasta la camisa, ora se ven allí los militares destituidos que te cuentan han dejado la carrerapor no plejarse á la política dominante, ó son empleados sin colocacion por ineptos, ó son caballeros de industria que esperan á quien explotar, ó cazadores de bobos, ó pescadores de tontos, ó buenamente unos hombres sin ocupacion á quienes se daria un buen rato y se haria una obra de caridad con llevarlos á un taller, ya que no se les podia colocar en los cuarteles.

Estos son los concurrentes habituales de un café: los demas son aves de paso que llegan, toman lo que piden, y marchan á otra parte. Pero tambien hay otros que pudiéramos llamar mochuelos así por la hora en que se

presentan como por la oscuridad que buscan y por las compañías que gastan.

Pero el dueño de un café ó nevería á que además de no tener otro objeto que el de lucrar, quiere complacer en todo y por todo al bondadoso público su favorecedor, tiene locales demasiado discretos en donde colocar á los que, por cortedad de genio quieren huir las miradas de los circunstantes. Complaciente como un mercader, el dueño cuida de que á esas parejas incógnitas les sirva el mozo ménos parlanchin, les deje lo que han pedido y la libertad de tomarlo como gusten; libertad que agradecen tales parroquianos, por cuanto tienen asuntos reservados que tratar y que solo á ellos interesan. Así es que en los gabinetes reservados, que casi nunca faltan en un buen café, se entregan á sus asuntos sin temor de un curioso que escuche, de un fiscal que denuncia, de un mequetrefe que estorbe.

Eso sí: cualquiera que pretenda gozar de semejantes beneficios, ya sabe que todos los efectos que consume ó pida, tienen el recargo del flete á aquellos apartados departamentos, ni mas ni ménos que si se tratara de esponerlos á los caminos y á las visitas de aduanas; pero de algun modo se ha de pagar la discrecion, y bien sabido es que lo bueno cuesta mas. Muchos pasan por este aumento de derechos por la internacion de efectos, porque como saben que el que ellos han importado es prohibido, y los *vistas* de aquellas aduanas han sido como los de los puertos, cortos de vista y largos de manos, dejan que lo uno compense lo otro.

Muy inmediatos á los cafes, si no es que en ellos mismos suele algun diestro prestidigitador poner el teatro de sus juegos de manos, con los cuales en poco tiempo hacen desaparecer del bolsillo de los espectadores hasta el último maravedí, sin mas auxilio que una carpeta, una bolita ó un librito de cuarenta hojas. Mas siempre á la entrada de esos teatros hay uno que hace el oficio

de cartel anunciando á todo el que pasa, que adentro hay *roulette* con ochenta onzas, ó partida con dos mil pesos, y haciendo invitaciones corteses á todos para que pasen á divertirse. Algunos aun sin necesidad de la invitacion van en busca de su fortuna, la cual como muger, y por ende caprichosa, los deja siempre correr tras ella, dejando en la travesia lo que han escatimado á sus pobres hijos.

No es raro el ver allí personas que tienen la esperanza de multiplicar allí el miserab'e peso que los acompaña; y aun sus cálculos para el pago de sus deudas lo basan en las ganancias que sueñan; pero esos cálculos se estrellan contra los del banquero ó jugador que ha puesto la partida; que mas diestro en las ciencias esaotas, sabe cuando por una bien combinada maniobra debe hacer variar la *chica* contra la *grande*, ó la *judia* en oposicion de la *contra judia*, haciendo que una *moza*, que por cierto no porta enaguas, haga que los viejos y los muchachos se queden á buenas noches.

Allí en la partida ó *roulette* véense todas las clases y condiciones perfectamente niveladas: el mandadero que su ama envió con cinco pesos á comprarle unas arrobas de azucar ó unas libras de chocolate, va á las casas de juego á probar su suerte con el importe del mandado, no siendo raro que al unirse con un coronel; ó un licenciado para perseguir un *tecolote* ó una *casa chira*, este les saca á uno y otro los ojos y convierte en *café* el chocolate que la señora esperaba al ver que no parece el enviado con el encargo, ni vuelve á aparecer por temor de que le hagan pagar en la diputacion la licencia que tomó de á ir á probar fortuna con la fortuna de su amo.

Otro tanto sucede con el desalmado padre de familia que apenas pudo conseguir para llevar de cenar á sus hijos y hacer que se desayunen á las nueve de la noche:

pasa por una calle y escucha el canto de aquellas sirenas barbudas que le dicen relamidamente "pase usted á la roulette: ochenta onzas tiene y no hay ceros:" mas adelante otro cartel ambulante le desliza un envite igual; y apenas ha dado cinco pasos, sale un tercero y le canta: "pase vd. á la partida: se paga con oro y tiene dos mil pesos:" y cuando aun no se puede quitar de la mollera las tres tentaciones que el enemigo del alma le ha atravesado en su camino, zas! un cuarto tentador, casi á la fuerza lo atrae, lo fascina, y por fin, porque no es de estuco, lo hace entrar á aquel *pandemonium* con la esperanza de acrecer su miserable adquisicion y llevar á sus hijos doble cantidad de pan, y tal cual pedazo de queso ó de carne que muy bien les vendría. Item mas: lleva el propósito de jugar solamente cinco albuces, ó cinco bolas y no engolosinarse con las ganancias que ya espera, tanto para no esponerse á un cambio, como para ir cuanto ántes á dar de comer á aquellos hambrientos angelitos.

Pero ya entró y allí es fuerza que siga la conducta de los demas: puede la fortuna favorecerle tanto, que seria lástima despreciarla: ¿quién sabe? Acaso su cuarto de hora va á sonar. Y el hombre se lanza en busca de un número que no viene en toda la noche, ó de una carta que el *tallador*, que bien talla el alma de todos, ha puesto fuera de combate como soldado contuso; y tiene el dolor de despedirse de su última peseta que emprende el vuelo á donde han ido sus hermanas, sin hacer caso de los lamentos y desesperacion de quien acostumbrado á una pobreza evangélica se sintió embarazado con la posesion de ese vil metal. Si en el círculo de jugadores ve algun conocido, le acomete con mas denuedo que un general á una débil fortaleza; y el que se pondria de todos colores para pedir una limosna que llevar á sus hijos, no pestañea siquiera cuando pide una habilitacion

para desquitarse. Pero no se desquita; sino que los nuevos recursos siguen el camino de los otros, como sucede en las arcas nacionales; y el pobre diablo que entró allí, dueño de la subsistencia de un dia, por lo ménos, sale sin ella, pero en cambio lleva una deuda de mas, que le hace esconder desde el siguiente dia el bulto á su nuevo acreedor.

Casas de estas en que poder ir á dejar lo que se tiene y lo que no, hay por todas partes: con tal que paguen su patente pueden convertirse en corsarios los que han adquirido esos honrosos giros; bien que la pirateria la ejercen con mas crueldad que los argelinos, porque estos le quitan al navegante lo que tiene, mas nunca lo que no tiene, como lo hacen aquellos, pues saben perfectamente seguir á cada uno el gusto para hacerlo que cuando sus monedas han concluido, pida al vecino y aumente el botin de guerra del vencedor.

Tambien estiman el crédito de los puntos, siempre que el crédito no esté como el de un ministro de hacienda en vísperas de salir; y la amabilidad de los monteros es tanta que aun reciben alhajas, muebles, relojes, y casi hasta fincas. De aquí es que muchos que á las diez de la noche tenian un magnífico *French* valioso en trescientos ó quinientos pesos amanecen sin saber qué hora es, porque en cinco apuestas de á veinte pesos se verificó la traslacion de dominio sin necesidad de escribanos, escrituras ni aduaneros; y gente hay que teniendo una casa bien *montada*, amanece un dia á pié y andando y como el hijo del Hombre sin un canto en que reclinar la cabeza,

La familia que esperaba la cena: la que se recreaba orgullosa en un sofá de resorte; la que se disponia á renovar sus muebles, ven llegar al varon pálido y amostazado negando á sus hijos un pedazo de pan, ó haciendo formal entrega de todo aquel bazar que pasa á un ter-

cer poseedor, que deja á los demas abriendo una boca de colosales dimensiones.

Ve aquí ligeramente bosquejada una de las muchas bellezas de la corte. Muy pronto te daré á conocer otras tan apetecibles como esta. Tuyo—*Caralampio*.

*Méjico, 5 de Mayo de 1859.*

No creas Bibiana que lo que te he dicho en mi anterior con relacion á esos tugurios donde se va á dejar la bolsa, el reposo y muchas veces el honor, tienen su asiento solo en la culta, y civilizada Méjico: el buen tono exige que en ciertas temporadas, y con cualquier otro pretexto, se trasladen esos desolladores á Tlalpam, á S. Angel, á Tacubaya, ó cualquiera otro de los puntos de recreo que se pudieran muy bien llamar reales sitios, pues si bien es cierto que no hay rey, ni habiéndolo iria, tambien lo es que hay reinas á puños, y como aquí, ni rige la ley sálica, ni se busca la unidad de gobierno, todas están en el ejercicio de su poder absoluto, y todas van á pasar la estacion ó la simple temporada á uno de esos